

Etnografía de la fabricación tradicional de cal en algunas localidades de la Comarca del Jiloca

Félix A. Rivas

Hasta hace no muchos años, en los pueblos de la comarca de Jiloca así como en su entorno, la cal era un producto necesario y fundamental para encalar o “blanquiar” las casas, para la construcción de paredes de mampostería, y para “calicostriar” paredes de tapial.

Su fabricación tradicional se realizaba de manera más bien esporádica en localidades de buena parte del Sistema Ibérico en Aragón entre las que, a juzgar por los testimonios orales y el hallazgo de restos materiales, se encontraban entre otras las de Cuencabuena, Lechago, Monreal del Campo y Torre los Negros¹. Además, la presencia en cartografía de numerosos topónimos² que hacen referencia a términos relacionados con la palabra “calera”, especialmente abundantes en los municipios de la mitad sur de la comarca, son prueba de que esta actividad debió de estar presente en buena parte de la zona.

Esta actividad estuvo en vigor hasta bien entrado el siglo XX ya que se recuerda que la última calera que se coció en Lechago fue hacia 1947 o 1948 y en Cuencabuena a finales de la década de 1950.

Quienes se dedicaban a esta ocupación recibían el nombre de “caleros” aunque solían ser labradores o personas de escasos recursos que trataban de obtener un pequeño aporte para la ajustada economía doméstica. Era habitual que se juntasen entre cuatro y seis hombres para realizar la cal de manera conjunta de tal manera que, después al vender la cal, se repartían lo que habían conseguido. Tampoco era raro que cada uno fuera con un carro a vender su parte por pueblos cercanos en los que no había tradición o posibilidad de fabricar cal, tal y como se hacía desde Cuencabuena hasta otros pueblos como Barrachina, Godos, Torrecilla del Rebollar, Navarrete, Lagueruela o Bea. Se vendía asimismo en el propio pueblo, “a duro l’arroba la de blanquiar, y la otra a medio duro”, teniendo en cuenta que una arroba equivale a 12,6 kg.



Vista superior. Calera en La Puentequilla. Cuencabuena

En general era una tarea bastante esforzada y de poco beneficio, por eso aún se guarda memoria de una copla referida a este oficio y bien conocida en otras comarcas aragonesas. Su letra venía a mostrar que lo mismo quienes fabricaban yeso como cal llevaban tan mala vida que posiblemente acabarían su vida en un asilo. Así, en Torre los Negros decían “Dulero / aljecero / y hacer cal / a morir al hospital”, y en Cuencabuena “Caleros y yeseros / a terminar al hospital”.

Esta faena se solía realizar en invierno, momento en el que no había mucho trabajo relacionado con las faenas agrícolas. El proceso de elaboración de una calera duraba aproximadamente un mes.

El primer paso era preparar el combustible necesario: unas 300 cargas de leña³ o algunas más, contando con que cada carga estaba compuesta por 8 fajos de leña. Lo más corriente era quemar “allagas” (*Genista scorpius*), y también “estepas” en Torre los Negros, porque si se utilizaba leña gruesa formaba demasiada ceniza dentro del horno y eso incomodaba el desarrollo de la cocción. En el monte, se cortaban las “allagas” con la “zada” y se hacían unas gavillas en redondo de un metro y medio aproximadamente. Las matas cortadas se “pretaban” pisándolas y se ajustaban clavándoles un punzón de madera. Así se dejaban hasta que estuvieran bien secas. Entonces había que echarse cada gavilla al hombro con la ayuda de un compañero y, de esta manera, se llevaba hasta el mulo sobre el que se dejaba caer enci-



Interior. Calera en La Puentequilla. Cuencabuenana

ma de las "amugas", una estructura de madera que se colocaba sobre la albarda para facilitar el transporte de algunos productos. Una vez cargado completamente, se ataba todo con una soga y se iba llevando hasta las cercanías del pozo donde iba a realizarse la cocción.

El otro material imprescindible, la piedra caliza, se arrancaba con pico, maza y con la ayuda de unas palancas largas de unos 2 metros de longitud. Se sacaba de las canteras⁴, se trasportaba con mulas también mediante las "amugas", y se acababa dejando extendida alrededor del pozo. En Lechago, la piedra que estaba muy cercana a la calera se llevaba hasta ella simplemente a mano.

Se procuraba elegir un sitio para hacer la calera cerca de donde hubiera piedra caliza y que fuera de tierra dura, especialmente arcilla, donde se cavaba el pozo.

Según los ejemplos visitados en la comarca y la información oral recopilada, este pozo o "calera" tenía forma interior de tinaja, más ancha en su zona central que en sus extremos inferior y superior. Por debajo presentaba un hueco más estrecho y de un metro de profundidad aproximadamente denominado "cenicero" que servía a modo de cámara de combustión. Sobre él y alrededor se situaba un banco de tierra, de unos 30 o 40 cm de anchura y cavado a pico como todo el interior, donde se apoyarían las primeras piedras de la bóveda del horno que se armaba en cada hornada.

Todo el hueco que formaba la calera estaba excavado aunque en algunos ejemplos se podía reforzar por el interior con un mortero de tierra (como en Monreal del Campo o en Cuencabuena donde aparece extendido con las manos) o, en su parte superior, con algunas hiladas de mampostería (en Lechago) o de adobas (en Monreal).

La parte inferior de la cara delantera exterior de la calera era por donde se introducía la leña a través de un hueco cuadrado⁵ de unos 30 o 40 cm de lado y que en Cuencabuena estaba formado por una losa arriba, otra debajo y otra más a cada lado. Esta portezuela se hacía nueva cada cocción, ya que antes de sacar la cal ya cocida era necesario desmontarla. Solía estar orientada hacia el sureste aunque en el ejemplo de Monreal mira directamente al oeste.

Además, esta parte delantera era la que más a menudo se deterioraba por lo que era común obrarla de vez en cuando para reforzarla, operación a la que llamaban en Cuencabuena “echar los pantalones”.

En total, la calera solía tener unos 4 m de profundidad y entre 2 y 3,5 metros de diámetro en su boca superior. Lo normal era que, al estar excavada en ladera, su parte frontal se encontrara despejada para facilitar la carga de leña durante la cocción. Caso particular es el de Lechago donde se conserva una curiosa calera doble formada por dos pozos gemelos con un frente de fachada común para ambos.



Vista superior. Calera doble en Valhondo. Lechago

Una vez traída la leña y la piedra, el siguiente paso era cargar la calera. Esta operación era la más delicada de todo el trabajo por lo que era una persona experta la que iba dándole forma a la bóveda sobre la que apoyaría toda la carga de piedras. En Cuencabuena se ocupaba de esta labor Natalio y también Domingo Lázaro, y ambos habían aprendido el oficio de sus padres. A este especialista se le pagaba a jornal, por los días que tenía que estar, y su mérito era trabajar con gran tino para colocar bien las piedras que solía ir pidiendo a los ayudantes. Era muy importante que la bóveda resistiese bien toda la cocción pero también que la calera no quedara ni demasiado "preta" para que tirara bien el fuego ni demasiado "floja" para que no se fuera "la calor" y la piedra quedase bien cocida.



Vista frontal. Calera junto a la ermita del Carmen.
Monreal del Campo

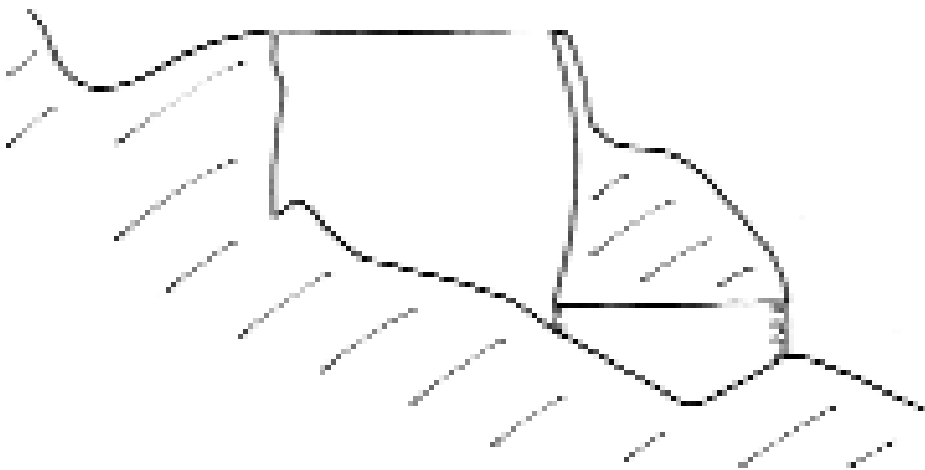


Vista superior. Calera junto a la ermita del Carmen.
Monreal del Campo

La primera operación para cargar la calera era poner los “burros” encima del banco circular, unas losas verticales entre las que se encajaban otras piedras a modo de cuña para que sirvieran de base sobre la que iba a descansar toda la carga del horno. Después se iba haciendo la cúpula, desde abajo hacia arriba, metiendo un poco más para dentro cada hilada de piedras, hasta acabar en una piedra central puntiaguda o “llave”. Conforme se iba subiendo la pared interior, se iban echando piedras de relleno con cestas terreras de “bimbre” entre la bóveda y la pared excavada del pozo. Estas cestas tenían dos “ansas”, y eran las mismas que se usaban en las faenas del campo. Al ir echando el relleno, se tenía cuidado en preferir piedras grandes o “bolos” en la parte inferior para que dejaran pasar bien el fuego, después piezas más menudas, y finalmente grava de pequeño tamaño en la parte superior (llamada “boca”) hasta formar un poco de “corona” o “carambullo”.

El horno se prendía bien por la noche (en Lechago) para pasar las primeras horas sin la presencia del sol, o bien de madrugada (en Cuencabuena), y se elegía un día que estuviera raso para que la leña extendida no se mojara por la lluvia. También se tenía en cuenta la luna ya que se decía que si la luna era “valenciana, que tenía los cuernos más pequeños y miraba cara a Valencia” quería decir que podía llover bastante, y no resultaba por tanto demasiado propicio.

La leña se metía con la ayuda de unas “horcachas” verdes de chopo, de mango largo y acabadas en una punta doble. A fuerza de emplearlas se acababan quemando por lo que era necesario tener preparadas unas cuantas.



Sección de perfil. Calera junto a la ermita del Carmen. Monreal del Campo

Bibliografía

- RIVAS, Félix A. (2010): *Técnicas tradicionales de construcción en Aragón. Sistema Ibérico. Fuentes orales. La cal*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, (inédito).
- SARTO FRAJ, M^a Pilar (2004): “Estudio-investigación: La elaboración del algez y la cal en Torre los Negros”, Gileta 41.

Notas

- 1 Como parte de un proyecto de investigación etnográfica, promovido por la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón, tuve la oportunidad de entrevistar durante el año 2010 a una serie de personas mayores en una larga franja del Sistema Ibérico aragonés entre la Comunidad de Calatayud y el Maestrazgo. Respecto a la comarca de Jiloca pude realizar una dilatada entrevista a Gerardo Blasco de Cuencabuena y otra mucho más breve a Vicente Saz de Lechago. Es por ello que salvo que se cite expresamente lo contrario, el conjunto de la información aportada corresponde a la localidad de Cuencabuena. Durante este proyecto se visitaron asimismo algunos hornos de cal conservados en mejor o peor estado: uno en la partida de La Puentequilla de Cuencabuena construido en torno a 1950 (aunque antaño hubo tres o cuatro más en las partidas de Valdezuera y La Venta), la única calera de la que se tiene memoria en Lechago, y otra en Monreal del Campo. También supe de la existencia de otra en Rubielos de la Cérída que fue imposible localizar, y de otras dos que se hicieron en la era y en el puente de San Miguel en Torre los Negros. A esta última localidad pertenece un interesante artículo (SARTO, 2004) cuya información hemos incluido asimismo en este breve texto.
- 2 Son “Barranco de la Calera” en Bañón, “Cabezo de la Calera” en Bañón y Calamocha, “Calera” en Blancas, Calamocha, Ferrerueta de Huerva y Rubielos de la Cérída, “Caleras” en Calamocha, “Cerro la Calera” en Odón, “Hoya Calera” en Cosa, “La Calera” en Ojos Negros, “La Caleruela” en Odón, “Pozo de la Calera” en Monreal del Campo, y “Valdecalera” en Barrachina y San Martín del Río.
- 3 Coinciden en este dato la información de Cuencabuena y Torre los Negros.
- 4 En Torre los Negros eran denominadas asimismo “caleras”.
- 5 En Torre los Negros recibía el nombre de “boquera”.
- 6 Me gustaría agradecer a todas las personas que han hecho posible la recopilación de información necesaria para la elaboración de este artículo. A Gerardo Blasco (Cuencabuena), Agustín Martín (Lechago), Fran Martín (Monreal del Campo) y Pilar Sarto (Torre los Negros) tanto por darme valiosa información como por ponerme en contacto con otras personas de gran interés. A la Asociación Cultural Santa Sofía (Cuencabuena) también por valiosos contactos que me proporcionaron y a la Asociación de Amigos de Lechago, el Centro de Estudios del Jiloca, Julián Ortega (Teruel) y Luis Miguel Modrego (Rubielos de la Cérída) a su vez por la información que me facilitaron. Y por último y sobre todo a Gerardo Blasco García (Cuencabuena), Juan Lorenzo Cervera (Bañón) y Vicente Saz (Lechago) que me contaron con paciencia y amabilidad sus recuerdos y vivencias en torno a la elaboración tradicional de materiales de construcción. A todas ellas muchas gracias.